

PREÁMBULO

Concha Espina (1869-1955) es una de las escritoras más célebres y prolíficas del primer tercio del siglo xx, todo un referente para varias generaciones de lectores y muchos de sus coetáneos quienes la consideraron una de las plumas más dotadas del panorama literario español e internacional.

Galardonada con múltiples distinciones, el relativo olvido en que ha caído hoy día resulta inexplicable para una figura de la talla y relevancia que alcanzó en su época. A la altura de 1936, fecha en la que arranca este estudio, había recibido ya el Premio Nacional de Literatura por *Altar Mayor* (1927 –compartido con Ramón Pérez de Ayala y Wenceslao Fernández Flórez–); la Medalla de Arte y Literatura de la Hispanic Society de Nueva York (también en 1927) y los premios más prestigiosos de la Real Academia Española (RAE): el Fastenrath por *La esfinge maragata* (1914); el Espinosa y Cortina por *El jayón* (1916) y, en 1924, el Castillo de Chirel por *Tierras del Aquilón*. En este mismo año fue nombrada hija predilecta de Santander y el rey Alfonso XIII la condecoró con la banda y lazo de la Orden de las Damas Nobles de María Luisa –otorgada, por primera vez, por motivos civiles–. En 1928 fue candidata a la RAE, aunque no resultó elegida. Tras la Guerra Civil, los reconocimientos se sucedieron: la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (1948), la Medalla de la Real Academia de Letras y Artes de la ciudad de Córdoba (1949), la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo (1950), la Medalla de Oro del Mérito Provincial de Santander (1954) o el Premio Nacional de Novela Miguel de Cervantes por *Un valle en el mar* (1949).

Además, llegó a estar propuesta para el Nobel de Literatura en nueve ocasiones por veinticinco nominadores de varios países¹ y en

¹ De acuerdo con Sonia Rivas-Caballero y Belén Yuste (2021: 233), intelectuales de

tres de ellas (1926, 1929 y 1931) quedó finalista. Su reconocimiento en el extranjero fue permanente, tanto es así que su primera candidatura al Nobel se impulsó desde Estados Unidos y la de 1928, desde Suecia. A finales de la década de los 20 fue invitada por varias universidades norteamericanas –entre ellas Middlebury College– a realizar conferencias y, en 1943, la Hispanic Society la nombró vicepresidenta. Sin embargo, ninguno de estos galardones le allanó el camino al sillón de la RAE o a la concesión del Nobel –para lo que tampoco contó nunca con apoyo de la Academia–, aunque en 1926 solo un voto de diferencia la separó de la ganadora, Grazia Deledda.

Desde el punto de vista personal, Espina fue una mujer independiente cuyo ejemplo vital se alzó como raro paradigma de mujer intelectual económicamente autosuficiente. En este sentido fue una pionera, pues se convirtió en una de las primeras escritoras y periodistas que no solo pudo vivir de su obra sino también sacar adelante a su familia, sobre la que ejercía una suerte de matriarcado desde su separación de Ramón de la Serna en 1909 tras dieciséis años de matrimonio. Divorciada en 1934², así se refería en *Esclavitud y libertad* a su relación con su exmarido con motivo de su muerte:

España, Estados Unidos, Francia, Chile, Colombia, Checoslovaquia, Italia y Suecia llegaron a proponerla candidata.

² Es curioso cómo, años más tarde, este matrimonio y su posterior separación no supondría –como quizá se podría intuir– una mácula en su intachable efigie de mujer falangista, más bien al contrario. El episodio sería escamoteado a través de metáforas –que no omitido– en la pequeña biografía que le prepararon para la revista *Y*, de la Sección Femenina dentro del reportaje firmado por Esperanza Ruiz-Crespo (1942) «Pensamiento y trayectoria de las vidas de mujer». En él, además de su faceta como escritora, se resaltaba principalmente su abnegada labor como madre:

Se casa a los diecisiete años. A los diecisiete años, una mujer muy inteligente puede hacer cosas que no sean muy inteligentes. Concha Espina se casa tal vez sin demasiada inteligencia y tal vez con demasiado corazón. Y se va a Chile. Valparaíso conoce su tristeza, su desamor y el nacimiento de sus dos primeros hijos, que no son ya frutos de una pasión. [...] Concha empieza a comprender que una vida femenina puede desenvolverse en clima de ternura maternal y al margen de ese otro amor que es la ilusión de toda alma virgen. Vuelve a España. Nacen otros dos hijos. Un día, las cadenas se rompen. Porque la humildad de una mujer cristiana y digna no tiene nada que ver con la humillación permanente de una

Cuando Josefina esperaba el coche que había de llevarla a Cabezón, llegó en bicicleta un aviso del Frente Popular, unas letras notificándole que su padre había muerto anoche mismo a las once y media. [...] Y hago punto aquí hasta que ella regrese para solo poner atención a este suceso que debió de ser terrible en mi vida si ella hubiera corrido por cauces de mediana normalidad. Hacía más de veinte años que no veía a este señor. Él consagró sus últimas actividades a la política de Azaña y fue alcalde de Cabezón, su pueblo, con el Frente Popular, hasta que se establecieron los Comités. Se le prepara un gran entierro con las consabidas banderas coloradas y un triángulo de flores rojas (Espina, 1938b: 121).

Durante los primeros años de su carrera, atravesada por una profunda conciencia católica, cultivó una literatura sensible y humanista donde, además de la anécdota romántica, cabía el compromiso con realidades complejas como la condición social de la mujer –*La esfinge maragata* (1914)– o la de los mineros de Riotinto en la célebre *El metal de los muertos* (1920), considerada por la crítica como la primera novela social española.

A pesar del entusiasmo republicano inicial, la evolución ideológica de Concha Espina fue acercándose paulatinamente a posturas más conservadoras, seguramente empujada por el fuerte anticlericalismo del primer bienio reformista, los sucesos de la Revolución de Asturias en 1934 –a raíz de los cuales escribe algunos cuentos que publicará durante la guerra civil en el libro *Luna roja* (1939)– y la militancia en Falange de dos de sus hijos, Víctor y Luis.

El bando nacionalista no tardó en aprovechar su fama y su prestigio para refrendar su causa y, junto a José María Cossío, José María Pemán, Agustín de Foxá, Jacinto Miquelarena o Gonzalo Torrente Ballester

servidumbre de «come y calla». Y sin interrogarse sobre lo que hubiera querido ser, ya sabe bien lo que en definitiva habrá de ser (38-39).

El artículo habla de aquel matrimonio como un «error de juventud» y, ante cualquier posible reproche, se desliga la «servidumbre de come y calla» del carácter de la mujer cristiana y de la naturaleza de cualquier unión entre hombre y mujer. El hecho de que Espina se atreviese a «romper las cadenas» de dicha unión se entiende, pues, como algo irremediable e incluso reforzaba el papel de la mujer como una colaboradora del *pater familias* y no como sierva.

pasó a engrosar las listas de los autores afines al falangismo primero y al franquismo después, aunque esto no le impidió ayudar a amigos perseguidos por el régimen al término del conflicto (Fernández Gallo, 2011: 438).

El presente ensayo se acerca a las obras concebidas durante el conflicto bélico: las novelas *Retaguardia. Imágenes de vivos y muertos* (Nueva España, 1937) y *Las alas invencibles (Novela de amores, de aviación y de libertad)*, publicada por la burgalesa Imprenta Aldecoa en 1938; la colección de relatos *Luna roja (Novelas de la guerra)*, impresa en la vallisoletana Librería Santarén (1939); la «biografía» –así se clasificó el texto en sus obras completas– *Princesas del martirio: perfil histórico* (escrita en 1938 y publicada en 1940 en Ediciones Armiño); las memorias *Esclavitud y libertad. Diario de una prisionera* (Ediciones Reconquista, 1938) y otros cuentos breves recogidos en sus *Obras completas*.

A lo largo de estas páginas, enmarcadas en la colección «Biblioteca crítica de la Guerra Civil» se pretende realizar un análisis literario de los textos como obras artísticas, pero, sobre todo, como herramientas propagandísticas nacidas en un contexto muy concreto. Para ello, se destacarán temáticas, aspectos y recursos creadores de una estética que, aunque comparte estilemas con otros autores cercanos al bando rebelde, mantiene una personalidad propia y reconocible. Con este objetivo, nos detendremos en los rasgos más señeros de todas las obras mencionadas, con especial énfasis en *Retaguardia*, la primera y más conseguida de todas ellas, que epitomiza y adelanta muchas de las características que encontraremos en la literatura bélica de la escritora montañesa.

Con este trabajo se viene a completar el estudio de la ingente obra espiniana, abordada ya parcialmente en diversas monografías –Lavergne (1986), Auda (1996) o Fernández Gallo (2011) entre otros– y analizada aquí desde su potencial proselitista.

CAPÍTULO 1

ACORDES BIOGRÁFICOS: LA «ESCLAVITUD Y LIBERTAD» DE CONCHA ESPINA DURANTE LA GUERRA CIVIL VISTA POR ELLA MISMA

El levantamiento militar de julio de 1936 sorprende a Concha Espina a unos cincuenta kilómetros de Santander, en su retiro veraniego en su casa de Mazcuerras –cuyo nombre cooficial desde 1948 es Luzmela, precisamente en honor a la primera novela de la autora, *La niña de Luzmela*, publicada en 1909–, en compañía de su hermana Rosario, su hija Josefina, sus nietas Paloma y María Teresa, su hermana Mercedes –que vivía en una casa aldeaña– y el personal de servicio. Así lo narraba al inicio de *Esclavitud y libertad*, su libro de memorias:

Julio de 1936

DÍA 17

Tarde apacible y dulce. Volvemos paseando por el camino de Santa Lucía y a encontrarnos vienen dos muchachas maestras en vacación; una, del pueblo, Mariana Ortega, la otra de Asturias, Leonor Ruiz.

–Gran noticia –nos dice Mariana jubilosa–. Se ha sublevado el Ejército en África.

–¿Cuándo?

–Anoche. Se acaba de saber por «uno» que ha llegado de Torrelavega.

Nos detenemos con ansia, oprimidas por la emoción, en el desierto de esta carreteruca provincial rodeada de campos y de bosques.

[...]

–El Marruecos español para empezar... ¡Arriba España!–, he dicho, levantando con la voz y el saludo de los leales a cuanto significa españolismo y libertad dentro de la Historia y de la Religión cristiana.

–¡Cuidado! [...] Hay espías y soplones en todas partes. (Espina, 1938b: 11).

El entusiasmo hacia el levantamiento demostrado por la escritora fue pronto dando paso a un desasosiego que no abandonaría las páginas del diario hasta su «liberación». Lejos de la capital, sin radio –«No tengo aparato de radio al que no soy aficionada. Ahora le [*sic.*] quisiera» (1938b: 17)– y con todas las redacciones de los periódicos en manos republicanas, Espina se sentía confundida y la información que conseguía recabar a través de la prensa, los transistores del pueblo o las conversaciones vecinales no le satisfacían. El médico Manolo Munio fue su principal fuente de noticias y de consuelo en los convulsos primeros meses de guerra hasta su huida a Santander el 15 de diciembre de 1936 –«Mucho nos interesa este muchacho que ha sido en estos cinco meses de desolación nuestro refugio confidencial– (153)». Asimismo, recibía alguna carta de su sobrino Gabriel –hijo de su hermana Mercedes– desde la embajada chilena en Madrid donde se cifraban algunas novedades sobre el paradero y el estado de sus hijos, Víctor y Luis, falangistas enrolados en las filas sublevadas y otros familiares, dispersos en la *diáspora* que impuso el inicio de la guerra, como su yerno Regino Sáinz de la Maza. La incredulidad sobre lo que ocurría fuera de la provincia es frecuente en los textos escritos durante su estancia en Luzmela hasta el punto de que las menciones de Espina a la figura del «rumor» se convierten casi en un tropo en *Esclavitud y libertad*: «¡El Rumor! El rumor es en esta guerra, y para este desierto, un personaje fantástico, un brujo cruel y burlón; es el martirio, la pesadilla, el sople, el huracán» (Espina, 1938b: 138).

Esto nos habla, lógicamente, de la dudosa fiabilidad de la información que se recibía y de cómo la escasez de noticias, muchas veces contradictorias, conseguían inquietar a todas las habitantes de la casa. Durante el período en que Espina permaneció en Mazcuerras, de julio de 1936 hasta agosto de 1937, su actividad literaria fue incesante y, además de un diario, que más tarde conformaría el ya citado volumen

Esclavitud y libertad. Diario de una prisionera (1938) escribió *Retaguardia* (1937) y los relatos que integrarían el volumen *Luna Roja* (1939). Los registros en la casa se sucedían, por lo que Espina escondía las cuartillas de todo cuanto escribía, como evidencia en sus memorias:

[29 de julio de 1936] ¿Qué será de Luis [su hijo]? No me atrevo referirme aquí a su situación política por si estas páginas de desahogo y de fe corren el peligro de una delación. Me aconsejan que no las escriba. ¿Y qué otra cosa puede hacer mi desolada pluma? Voy escondiendo cada cuartilla por dar gusto a mi gente, aunque considero innecesaria la precaución. Pero, en fin, si algún cuidado tengo ha de ser el evitar perjuicios a las personas queridas (Espina, 1938b: 25).

Esta escritura clandestina y, sobre todo, el escamoteo de los manuscritos es también una constante en su diario, como ella misma se encarga de subrayar en distintas entradas:

[6 de septiembre de 1936] Algunas de mis cuartillas están maltratadas por arrugas y dobleces. Las escribo a escape y las guardo donde puedo. Las primeras yacen dentro del respaldo de un antiguo sofá de caoba. Después Josefina las ha recogido en un tubo de hierro que encontró en el desván y que ella escondía en el tronco de una palmera en el jardín (63).

[9 de noviembre de 1936] Han venido los valientes milicianos a la hora de comer a quitarnos las mantas de las camas con modos insolentes y reticencias de amenazas. Respaldados por un furibundo comunicado que les autoriza a toda clase de robos, mientras Fernando Noval hace una fosa en el jardín para enterrar parte de mis papeles en un tubo de hierro que me ha dado esta mañana Escalante (127).

Día 3 [de marzo de 1937]. Se anuncian registros de papeles a domicilio y tengo ya demasiados comprometedores. Desde hoy continuaré el diario «por señas», es decir, en forma de poderlo exhibir sin el menor riesgo. Lo entenderé yo sola y si merece la pena, lo refundiré en serio. Ahora voy a enterrar este último manojo de cuartillas (187-88).

Día 6 [de marzo de 1937]. Y ha fracasado ayer mi propósito de escribir mi diario en signos, con imágenes falsas, una especie de confesión hecha al revés. ¡Yo que soy tan *de derecha*! (188).

[29 de abril de 1937] Me apuro a escribir y ya he tenido varias veces las cuartillas cerca de la lumbre, con el propósito de quemarlas. Hemos hecho un plano de los sitios donde se entierran mis páginas, para que no falten las tumbas ahora y en tan menudo lugar. Pero desaparece la obra dispersa en manos absurdos, tal como se produce, mezclados los temas, sin sosiego ni ocasión para ordenarlos (205).

[24 de mayo de 1937] Josefina se alarma otra vez por mis escritos, el trabajo del día que no oculta hasta la noche. [...] Le prometo hacer una especie de limosnera y llevar siempre conmigo las cuartillas (219).

[25 de agosto de 1937] Ya estas mías [se refiere a las palabras] no se pueden enterrar en el jardín, bordeado por espías rojos. Pero las manos ágiles de mi hija registran un nido que solo conocen los pájaros, las mariposas y las madreselvas. Y anda detrás de mi esperando que yo termine el último renglón de cada página (241).

Esta obsesión tanto propia como, sobre todo, de su hija Josefina en la ocultación de los trabajos de su madre, no solo nos habla del miedo a posibles inspecciones y, por lo tanto, a las represalias, sino también de una pertinaz lucha de Espina por el propio ejercicio de la escritura y de una conciencia testimonial y autorial muy especial con respecto a su obra. Madre e hija son conscientes de que esos textos, hasta aquellos menos esforzados –tal es el caso de su diario, como luego veremos– merecían ser salvados por cuanto tenían de probatorio de los padecimientos bajo la zona roja, pero también por el propio valor editorial que, a la altura de 1936, imprimía la marca «Espina» a cualquier publicación.

Durante esos meses de los que ella da cumplida cuenta en *Esclavitud y libertad. Diario de una prisionera*, vivió peripecias dispares, como la acogida forzosa en su casa de dos milicianos de Barruelo de San-